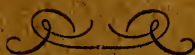


F 2235.3

.V 13

Valdivieso Montaña.

EN HONOR DE
SIMON BOLIVAR



Tipografía "Cosmos"

CARACAS—MCMXVIII



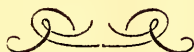
Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

Rec.
6-23-76
K.C.
C

Dr. A. Valdivieso Montaña.

F. 10-5.3
V. 13.

EN HONOR DE
SIMON BOLIVAR



Tipografía "Cosmos"
CARACAS—MCMXVIII

Discurso pronunciado por el Dr. A. Valdivieso Montaña, en la Casa Municipal de La Unión, Estado Zamora, en las solemnidades del 28 de Octubre de 1917, día onomástico del Libertador.

Señores:

Siempre es consolador para los espíritus que consideran el culto a los héroes que nos dieron patria, como otra religión indispensable al hombre, tener oportunidad propicia, para en la ocasión del advenimiento del día llamado a rememorarlos, deshojar ante el ara de su recuerdo indeleble, las flores del pensamiento en holocausto ingenuo y ferviente, aunque las ideas emitidas no alcancen a traducir en elogio del héroe y su obra, toda la intensa emoción que se pusiera a contribución para en elevado estilo merecidamente exaltarla.

Los Pueblos que rememoran sus héroes nacionales y exultan orgullosos sus proezas que los redimieron, creando patria libre; que cantan el pasado porque refleja y simboliza honra para el presente, tienen una alta concepción de su valía en el concierto mundial, como colectividades no solamente creadoras, sino aptas para subsistir con gobierno propio llenan-

do los fines de toda comunidad civilizada. Son Sociedades para quienes la candente lucha de emancipación, de la cual resurgieran acrisoladamente depuradas, es una carta de presentación que las hace acreedoras de todo miramiento, alabanza y veneración, y que teniendo una alta visión de su porvenir que lo entrevén grandioso, festejan cabalmente su gloria pretérita, buscando cobrar de élla estímulos como medio propicio de lograr encaminarse por su derrotero futuro.

Blasonar de los tiempos de nuestra epopeya, en los cuales nuestros antepasados imbuídos en la exaltación de patrio ardor, pusieron a contribución inteligencias y brazos para en santa emulación de infinitos entusiasmos acometer y conducir con éxito feliz lo irrealizable, como son las acciones guerreras de Queseras del Medio, San Mateo y Toma de las Flecheras, es considerarse pueblo grande, digno del respeto y del acato de las demás naciones, por su hoja de merecimientos; que arranca de su origen heroico el lauro que ciñe su frente radiosa para con él abroquelarse y abrirse paso en las luchas del derecho, como igualmente en las de la fuerza, si hay lugar también a ello, en el porvenir.

La Historia nos dice que todo Pueblo, desde la infancia de las primeras Sociedades civilizadas, es decir, de aquellas Comunidades que primero tuvieron instituciones legales, gobier-

no y cierto cultural comercio social, ha cimentado en una más o menos bien urdida idealidad, sus orígenes. Así, los griegos, galos, germanos, y otros tantos, ven sus respectivas nacionalidades emergiendo de la obscura niebla de los primitivos tiempos, por la obra ciclópea de dioses y de héroes que realizan para llegar a constituir los primeros núcleos pobladores, prodigios que son a las veces suertes de milagros de magnitud y de bellezas tales, pero de una belleza embelesante como emanados que son de ingeniosas urdumbres y de inventivas enhebradas fina y sutilmente en los dominios de la fábula.

Racional es que exhibamos en nuestros anales si nó dioses, sí cíclopes como Páez, sí Semidioses, como lo es en nuestra historia Simón Bolívar, el de la espada flamígera con la que cortó toda cadena de servidumbre, de vasallaje, de oprobio y de baldón: Libertador de pueblos, Fundador de naciones: Legislador que dicta a los Estados que emancipa y crea, constituciones que son a través del tiempo, perfectos monumentos de leyes: orador de verbo tal que, transportando los espíritus, los sugestiona y electriza con su palabra prepotente a la vez que armoniosa y saturada de una dulcedumbre extasiante: escritor atildado en cuya galana prosa pulquérrima vése el connubio de la vibración templada de un alma de acero con la inusitante armonía poética que brotaba de su

espíritu como de una cítara tañendo eternamente rítmica en él: galante en los salones, oportuno en rendir a la dama el fino cumplido: artista, en cuyo interior se agita de continuo lo que de poeta hay innato en él, para traslucirse en sus escritos en períodos que semejan fragmentarios trozos de poemas épicos que suenan, unos, como estrofas vigorosas tal como el temple de su alma vencedora, o modulan, otros, madrigales tiernos como un efluvio, como el suave aliento de una núbil: gentilhomme y caballero: justiciero dispensador a cada uno de lo que es suyo: protector del débil, amparador del necesitado, otorgador de todo bien aún con menoscabo de su fortuna personal, la que consumió—aún siendo cuantiosa como lo fué—en dádivas a su familia, a los amigos, a los proletarios, y por último, en gastos requeridos por la causa de la redención que acaudillaba: guerrero electrizador con sus arengas de los ejércitos que comandaba, conduciéndolos de uno a otro confín por en medio de una ruta luminosa de victorias estruendorosas.

Bolívar! Nuestros ojos extasiados lo contemplan en elevado sitial refulgente, allá en las alturas en donde forman cenáculos los dioses; y de allí, bajando las miradas por la terráquea extensión, lo vemos, en alas de una delectación de pasmódico arrobamiento, siguiendo atónitos la estela de su derrotero, cómo, imberbe aún, en amable contertulio con su maes-

tro Simón Rodríguez, en el Monte Sacro, de pronto se transporta, para, en admiración tanto de lo grandioso como de lo corrompido, de lo enaltecedor como de lo execrable, que dió Roma, jurar, poseído de emoción patriótica, no darse reposo hasta no ver la América libre de los grillos del coloniaje español; lo encontramos en 1810 diplomático en Londres, agregado al Legado de la Junta Patriótica enviado en misión procuradora de apoyo para la causa de la emancipación; lo vemos después en las barras del Congreso de 1811—ya que no podía como Diputado, opinar romper de una vez con España, por no habersele distinguido con representación en aquel Cuerpo, a causa de hallarse todavía en los lindes de la anonimidad—agitar las masas para que ejerzan presión sobre el Congreso a fin de que éste declare la radical independencia de Venezuela; vémoslo en 1812, después de la capitulación en La Victoria de los ejércitos de la naciente República, escaparse fugitivo de las garras del vencedor Domingo de Monteverde para ir a agitar con su soplo providente la hoguera de la rebelión en la Nueva Granada; vémoslo, adolescente aún, estrenarse como combatiente en las riberas del río Magdalena donde vence siempre en impetuosos ataques a los enemigos.

Tan brillantes triunfos conquistanle el apoyo de Camilo Torres, el austero patricio Presidente de la Nueva Granada, quien le depara

ejércitos para invadir a Venezuela y reconquistarla a la vida independiente, como logra invadirla en 1813, y venir desde Cúcuta hasta Caracas, triunfante en incruentas luchas, campaña ésta que tan asombrosamente realiza que se la califica: “la Campaña admirable,” y que le reporta como galardón el título de: “El Libertador,” que la Patria agradecida le otorga; vencedor, y a veces vencido, en 1814, es incansable en acudir a todas partes a socorrer a todos sus tenientes en desbandada, aplastados por el número; proscrito en distintos períodos desde 1815 hasta 1817, siendo aventado del país por los ejércitos enemigos, pero para volver de seguidas con nuevos recursos y nuevos bríos; inexorable en 1818, luchando tanto con los realistas como con la anarquía y la ambición internas, domeñando a aquéllos y aplastando a éstas; vémoslo varias veces escapar del puñal enemigo que no pierde ocasión de tenderle celadas tanto en el país como en el exilio, tratando de conseguir con éllas deshacerse de su poderoso enemigo a quien no puede destruir en los combates; vémoslo en 1819 en Angostura sentando las bases de la República de Colombia la Grande con las de Venezuela, Nueva Granada y Quito, e inmediatamente partir a sellar la independencia de la Nueva Granada como lo alcanza en la batalla decisiva de Boyacá; exterminador definitivo de los ejércitos realistas en Carabobo, en 1821, de seguidas

concibe realizar la independencia de toda la América austral, cimentando la redención del Ecuador en la batalla de Pichincha, la del Perú en la de Junín, y logrando, en la inmarcesible batalla de Ayacucho, no sólo la de Bolivia, sino la cabal tranquilidad de este Continente, libre de futuros enemigos, de posible reacción desde México hasta la Patagonia.

Guerrero, legislador, estadista, vidente, todo lo fué. Naturaleza, múltiple en sus dones para con él, de todo lo dotó con largueza. Diplomático, vémoslo, visionario del futuro, convocando un Congreso General de Naciones en Panamá para asegurar de un modo previsor que le enaltece, la estabilidad de las nacionalidades que fundara; para sentar las bases del comercio internacional por venir; para ver de hacer de Panamá,—como se ha logrado ya al presente, gracias al esfuerzo de los yanquis,—el corazón de América, y la llave, el punto céntrico convergente del tráfico entre Europa, Asia y Africa.

Columbrámosle al final de tanta proeza, tántos triunfos y tánta gloria que lo circunda—obra de magia para ser ejecutada por un solo hombre—enfermo, triste, macilento, pobre y proscrito. Ha sido ese el premio otorgado siempre a los redentores! Sintiéndose morir, presiente el derrumbamiento de su obra por la división de la discordia que traerá tras de sí el espectro de la guerra civil que, en efecto,

nos ha devorado, tal como lo presintió, y que ha sido rémora en las instituciones, en el desarrollo del comercio y en la evolución social, ideal y política de América; y, no obstante tanta ingratitud, sintiéndose postrado por dolores morales y materiales que desgarran su existencia, por el tósigo de un mortal desengaño, tiene todavía dentro de su pecho el corazón generoso, pleno de desinterés y de misericordia, para darnos su postrer consejo de sacrificio y de amor: “unión, oh pueblos, o la anarquía os devorará”.

Alta honra, orgullo soberano, engreimiento indecible y justo, explosión de amor sacrosanto, todo ello posée a Venezuela al festejar pomposamente de uno a otro confín de su suelo el día en que, para su más excelsa dicha, vió la luz en su seno privilegiado, Simón Bolívar, por que por este solo hecho, de ser la madre feliz de tan Grande Hombre, exhíbese ante el mundo en elevado sitio hacia el cual converge una eterna espectación admirativa, entre el escogido grupo de las naciones más famosas por el timbre y prez que alcanzaron y que ciñen sus testas augustas con deslumbrantes diademas de gloria.

Acaso la Providencia, ha señalado con su dedo de bondadosa deferencia a Venezuela, por cuanto la escogió, distinguiéndola y enalteciéndola para siempre en la historia, al destacarla a la admiración universal, haciéndola objeto

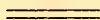
de dos de los hechos más notables de la humanidad. El primer punto del Continente americano que tuvo el lustre de ser pisado por el inmortal navegante genovés, descubridor de mundos nuevos: Cristóbal Colón, lo fué Macuro, en la Península de Paria, de esta hermosa tierra venezolana: nos fué deparado el singular designio de que por esta región nuestra, comenzara la conquista y tarea civilizadora de este Continente; y que, siglos después, en Venezuela naciera el que debía transformar en naciones libres, aptas para la vida del derecho, a las florecientes Colonias, desde el Avila airoso hasta el estrecho de Magallanes.

Este otro sér extraordinario fué Simón Bolívar. Si grande es Colón, visionario que en el mundo de su cabeza privilegiada, colmada de ciencias y de ideas modernamente creadoras, vislumbraba otro mundo perdido entre las tenebrosidades de lo ignorado, arrullado en las sombras de su abandono por la música eternal de los olas de dos océanos que, de concierto, lo ciñen en abrazo de amor inextinguible por infinito, mundo nuevo que—con la protección de una mujer: Isabel la Católica, reina munificente que le proporciona buques y dinero para que persiga su delirante ensoñación de descubrimiento—al fin revela al mundo viejo atónito, y emocionado al ver hecho tangible su ensueño, puesto de hinojos, besa sobre la faz la tierra virgen por inhollada por pies civilizados, y que

acaba de descubrir; si grande fué Colón por esa hazaña, grande es Bolívar que a ese mundo nuevo completa, después de tres siglos de habersele sacado del misterio de esa existencia ignota, fundando sobre la cultura que la Conquista imprimió a la Colonia, vasalla y tributaria, una cultura nueva por independiente, con aspiraciones propias, y en su desarrollo intelectual émula digna de la Madre Patria española, por quien nos desvivimos en corresponderle el bien inestimable de que le somos deudores por habernos dado existencia entre los Pueblos libres y civilizados.

Colón descubriendo este paraíso de América, Bolívar creando en él países autónomos. Feliz Venezuela de hallarse iluminada para siempre por los destellos de tan altas estrellas que brillan de modo tan resplandeciente en el cielo de América.

He dicho.





UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL



00032460701